



Consejo de Seguridad

Distr. general
3 de diciembre de 2003
Español
Original: inglés

Carta de fecha 28 de noviembre de 2003 dirigida al Presidente del Consejo de Seguridad por el Representante Permanente de Italia ante las Naciones Unidas

Una vez más, desearía agradecerle la gran asistencia prestada en los arreglos para que el Presidente de la República de Italia, Carlo Azeglio Ciampi, pudiera hacer uso de la palabra ante el Consejo de Seguridad durante la sesión celebrada el 18 de noviembre de 2003 en relación con Guinea-Bissau.

Como se recordará, durante la declaración que pronuncié el 20 de noviembre, en nombre de la Unión Europea, en el debate público del Consejo de Seguridad dedicado a la celebración de una conferencia internacional sobre la región de los Grandes Lagos, después de haber informado a los miembros del Consejo de Seguridad de que el Presidente Ciampi había debido abreviar su visita a los Estados Unidos de América a fin de asistir al solemne funeral de las víctimas del devastador ataque contra el complejo de Italia en Nassiriya (Iraq), también informé a los miembros de que el Presidente me había solicitado que presentara la declaración que había preparado (de la cual se eliminó toda referencia original al caso concreto de Guinea-Bissau, a fin de que fuera una declaración más amplia dedicada al continente africano en conjunto) para que se distribuyera como documento del Consejo de Seguridad.

En tal sentido, mucho agradecería que dispusiera que el texto del documento adjunto (véase el anexo) se distribuyera como documento del Consejo de Seguridad.

(Firmado) Marcello Spatafora
Embajador



Anexo

Anexo a la carta de fecha 28 de noviembre de 2003 dirigida al Presidente del Consejo de Seguridad por el Representante Permanente de Italia ante las Naciones Unidas

Alocución del Presidente de Italia ante el Consejo de Seguridad

África e Italia: compromiso mutuo y fuente de esperanza

(Nueva York, 18 de noviembre de 2003)

Como italiano, como europeo, creo que cometeríamos un error imperdonable si no nos comprometiéramos, con renovada energía y determinación, a realizar un esfuerzo decisivo para resolver el problema de la pobreza.

La pobreza afecta a cientos de millones de personas en nuestro planeta: exige que se concierte una nueva y duradera alianza entre el Norte y el Sur.

La división entre el mundo industrializado y el mundo en desarrollo se sigue apreciando dramáticamente, en particular en África.

Hace mucho que me he convencido, tal como reiteraré hace un par de meses en París, ante la UNESCO, de que el verdadero reto que enfrenta el siglo XXI es la división entre el Norte y el Sur.

La comunidad internacional, especialmente Europa, tiene una obligación histórica con el continente africano.

Europa y África han estado vinculadas de muchas maneras a lo largo de miles de años. Europa desea ofrecer al mundo sus propios valores históricos; el adelanto social y el desarrollo humano son un aspecto esencial de ellos.

En consecuencia, África no puede dejar de conmovernos.

En nuestro mundo globalizado, todo fallo de las políticas y toda negociación malograda es un fracaso de todos.

La creación hace dos años de la Nueva Alianza para el Desarrollo de África (NEPAD) constituyó una atrevida visión de los dirigentes africanos más esclarecidos. Demostró que, cuando se lo desea, la política puede trascender el corto plazo.

África asumió la responsabilidad de su renacimiento e instó al mundo industrializado a que la acompañara en ese camino.

En mis conversaciones con numerosos Jefes de Estado de África he observado que están plétóricos de esperanza, impulsados por motivos genuinos y absolutamente determinados a mantener a raya al pesimismo.

Me ha impresionado la determinación de África de asumir su propio destino, de seguir el camino del desarrollo sostenible, confiada en que se convertirá en un asociado confiable y valedero de los países desarrollados.

Desde un comienzo, Italia ha prestado un enérgico apoyo a la NEPAD, convencida de su deber de compartir las obligaciones en beneficio mutuo.

África se ha comprometido a instituir la democracia, garantizar la certeza jurídica, la buena gobernanza y el respeto de los derechos humanos. El mundo industrializado debe garantizar inversiones, recursos frescos, asistencia y acceso a los mercados.

Es ahora posible alcanzar algunas metas concretas en la erradicación de la pobreza.

La Declaración del Milenio, la Conferencia de Monterrey, las Cumbres del Grupo de los Ocho en Génova, Kananaskis y Evian y la Cumbre de Johannesburgo han alimentado la esperanza de que se ha puesto en marcha un proceso dinámico.

De hecho, se han logrado algunos progresos en lo que respecta a la asistencia para el desarrollo, la lucha contra las enfermedades, el mejoramiento y la actualización de la infraestructura, la protección del medio ambiente, la democratización y la seguridad.

Los propios africanos han desempeñado una función de liderazgo en la negociación de soluciones a los conflictos y en la participación en misiones de mantenimiento de la paz.

El sistema mejorado de diálogo, comprensión y cooperación que se ha creado entre las instituciones de África, las Naciones Unidas, la Unión Europea y la comunidad internacional ha facilitado esos resultados.

Sin embargo, quedan sin resolver en África antiguos problemas que se remontan al pasado distante.

Ello queda demostrado por la insuficiencia de los compromisos asumidos en relación con las necesidades actuales, las distorsiones en el comercio mundial, la participación cada vez menor de África en las exportaciones mundiales, los horribles costos sociales y humanos del SIDA y el hecho de que el África subsahariana sigue siendo la única región del mundo en donde la pobreza sigue aumentando, en lugar de disminuir.

África es todavía una tierra con regímenes autoritarios, conflictos armados, enfermedades infecciosas, altas tasas de mortalidad, contaminación y analfabetismo.

El Estado de derecho está luchando para consolidarse allí; sin embargo, sin ley no puede progresar ninguna sociedad civil. La democracia es todavía demasiado fragmentada y esporádica; no obstante, todavía se está luchando por satisfacer la sed democrática de certeza de normas que se apliquen a todos y que sean aceptadas por todos.

Esos males se agravan hoy con nuevos retos.

Para África, a diferencia de otros continentes, la mundialización es más una fuente de preocupación que de esperanza. África debe estar en condiciones de compartir los frutos de la interdependencia.

La comunidad internacional debe adoptar rápidamente una meta concreta y garantizar que se habrá de dirigir hacia ella sin demora y sin distracciones.

Desviar nuestra atención de África, bajo la presión de otros acontecimientos o prioridades, sería un error grave.

Debemos descartar la posibilidad de que no se alcancen los objetivos del Milenio, especialmente ahora que se está acercando el momento de examinar los progresos alcanzados en nuestros compromisos.

Al asumir esos compromisos, no podemos ignorar el vínculo que existe, por un lado, entre la pobreza y la marginación y, por el otro, la difusión de la violencia, el extremismo y el terrorismo.

La desesperación y la humillación que mantienen subyugados a millones y millones de seres humanos, separándolos de la sociedad, están estrechando los horizontes de esperanza.

Si África puede demostrar su capacidad de ganar su batalla, ahora que comienza el siglo, según el espíritu y la letra indicados por la NEPAD, y derrotar el círculo vicioso de guerra y pobreza, inestabilidad y marginación, podremos esperar un mundo más justo, estable y seguro.

El renacimiento de África es la prueba definitiva de la capacidad de Occidente de difundir en una región que complementa a la nuestra los mismos principios de libertad, democracia y adelanto social que garantizaron nuestra prosperidad.

Italia sabe que tenemos un deber de solidaridad y justicia con África, pero que también compartimos vínculos de amistad y cultura.

Me he comprometido personalmente a garantizar que este sentido de responsabilidad, compartido por el pueblo de Italia, no se habrá de abandonar.

Italia fue uno de los primeros países que adoptó la conversión y la cancelación de la deuda para los países en desarrollo.

Estamos ahora dispuestos a cancelar otros 2.700 millones de euros de la deuda de los países más pobres, además de los 1.800 millones ya cancelados.

Confío en que la comunidad de acreedores procederá rápidamente a cancelar el 100% de la deuda financiera y comercial de los países más pobres del mundo.

Italia observa con horror la espantosa tragedia de miles de africanos empeñados en huir desesperadamente de la pobreza extrema y los conflictos armados, en dirección a nuestras costas.

Los millones de inmigrantes africanos que viven en la Unión Europea son un nuevo componente de nuestra sociedad y, con su compromiso y trabajo, respetando los valores y las normas de la sociedad anfitriona, están consolidando el respeto que les tenemos.

Pero la migración no es una solución para los problemas de la pobreza, el desempleo y la presión demográfica de África.

Esos migrantes están huyendo hoy día de a miles. ¿Cómo podremos sobrevivir si cientos de miles emigraran mañana? ¿Cómo podríamos alojarlos en una Europa que ya está tan densamente poblada?

África no necesita nuevas estrategias, sino acción, verificación y resultados tangibles.

Las políticas necesitan determinación y buena voluntad y, posteriormente, aplicarse.

No existe una alternativa al desarrollo económico y social a nivel local.

El Norte y el Sur deben trabajar de consuno para crear condiciones que permitan a los africanos alcanzar condiciones de vida decentes en su propia tierra.

La transferencia de capital y tecnología, la iniciación de actividades industriales, la cooperación para la atención de la salud, el desarrollo de la infraestructura y la apertura de los mercados son los objetivos que persiguen Italia y Europa.

Europa y África ocupan la misma zona histórica, geográfica y cultural.

África fue el primer banco de pruebas para las relaciones externas de la Unión Europea.

Incluso antes de que la Unión pudiera adoptar una política exterior propia, los tratados de creación de las Comunidades Europeas habían consagrado el principio de que Europa y África debían crear una asociación que alentara el desarrollo económico y social de los países y los territorios de África y estableciera una estrecha relación entre ellos y la Comunidad Europea en conjunto.

Europa es consciente de la necesidad de que exista un compromiso sustancial y coherente.

África es un continente que necesita esperanza. La Unión Europea prevé estar al lado de África, impulsada por un espíritu de compañerismo.

La meta es acompañar el renacimiento de África en tres frentes: la economía, las estructuras políticas y sociales y la seguridad.

La operación Artemis fue la primera misión militar emprendida por la Unión fuera de las fronteras de Europa. La República Democrática del Congo fue uno de los primeros lugares de ensayo de la recientemente establecida capacidad de la Unión de promover la estabilidad en las zonas vecinas.

África también debe ser un lugar en donde Europa pueda verificar su capacidad de hablar con una sola voz. También en las Naciones Unidas, las actividades políticas de Europa deben ser cada vez más unidas.

Los problemas y los interrogantes que surgen en relación con el continente africano confirman nuestra convicción de que es necesario reforzar a las Naciones Unidas, dotándolas de instrumentos adecuados para responder a los retos de hoy.

La Organización desempeña una función esencial en África. El Consejo de Seguridad tiene razón en mantener centrada la atención de la comunidad internacional en la cuestión de los conflictos en África y la consolidación de la paz en ese continente.

Sin paz y seguridad no puede haber desarrollo.

Sin las Naciones Unidas, África sería una realidad y una experiencia todavía más distante.

No hay alternativa a la capacidad de legitimación y estabilización de las Naciones Unidas.

La NEPAD no tiene todavía dos años de existencia. Todos sus objetivos son a largo plazo.

África tiene enormes posibilidades de riqueza y desarrollo.

Los dirigentes de África han demostrado su compromiso y fomentado la capacidad de encarar los problemas del continente.

Ello constituye un fundamento sólido para hacer todo lo que esté en nuestras manos por cambiar el mundo, asumiendo un compromiso coherente, permanente y concreto referido ciertamente a la solidaridad humana, pero que esté también relacionado con los intereses de todos nosotros y vinculado a los de los pueblos de África.
